

La masculinidad cuestionada

*Rómulo Lander**

Resumen

Para su estudio se requiere tomar en cuenta al menos dos ópticas diferentes de la masculinidad: primero, vista desde la “antropología cultural” y, segundo, vista desde el “psicoanálisis”. Esta última implica estudiar la masculinidad desde la teoría del inconsciente. En este trabajo se describen en detalle –visto desde la antropología cultural– los representantes simbólicos y los atributos masculinos arbitrarios que se establecen en la familia y en la sociedad. Estos atributos arbitrarios –que dependen de la época y de la región geográfica– ofrecen las “características masculinas” que van ser aceptadas por la sociedad de hombres y de mujeres. Desde el psicoanálisis podemos cuestionar dos cosas: una es cuestionar la necesidad de diferenciar ambos sexos; al dejar de exigir la diferencia, inevitablemente se introduce la propuesta del “andrógino”, la cual describimos allí. La otra es preguntar por la “esencia inconsciente” de lo verdaderamente “masculino” y “femenino”; esta última pregunta va más allá de los “valores culturales arbitrarios” asignados por nuestra sociedad a lo masculino y lo femenino. En este trabajo intento responder a todos estos aspectos.

Dos consideraciones iniciales

La pregunta por la masculinidad nos lleva a responder siguiendo al menos dos tipos de consideraciones: primero, podríamos responder por vía de la

* Miembro titular en función didáctica de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal) y la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA).

antropología, sociología y cultura de nuestro tiempo; y, segundo, responder mediante el psicoanálisis contemporáneo. Si abordamos el tema por vía de la antropología y sociología, nos ubicaremos en lo que se considera “lo masculino” desde el punto de vista de “la cultura”. Si lo hacemos por la vía del psicoanálisis nos ubicaremos desde el punto de vista particular del “inconsciente freudiano”. Responder a la pregunta qué es un hombre desde el punto de vista del inconsciente nos lleva a profundas consideraciones sobre la dinámica mental inconsciente de ambos sexos.

Pero hay algo más. La pregunta por la masculinidad desde el punto de vista del psicoanálisis nos lleva necesariamente a preguntarnos previamente sobre la organización psíquica de la sexualidad del ser humano. Y esto, a su vez, nos conduce a planteamientos dentro del psicoanálisis que resultan ser algo controversiales. En un acápite más adelante, al final de este mismo trabajo, les presentaré mi versión como psicoanalista de este aspecto del problema, aunque ciertamente en forma muy resumida. Por lo pronto debemos comenzar por preguntarnos por la masculinidad desde el punto de vista antropológico y cultural.

Desde la antropología y la cultura

Las representaciones simbólicas, los significantes y atributos masculinos que se establecen en la familia y en la sociedad van a dar las características que van ser aceptadas por la sociedad de hombres y de mujeres. Estos atributos son diferentes en el espacio urbano y en el rural. También son diferentes de acuerdo con la época y la cultura de las naciones. Estos atributos que hacen a “lo masculino” y a “lo femenino” –desde el punto de vista “cultural”– constituyen los patrones o matrices de “masculinidad” que tienen vigencia en un momento dado y son lo que comúnmente se llama estereotipo masculino. Esta vigencia es mantenida por la misma sociedad que hace que estos patrones se perpetúen a sí mismos, adquiriendo una continuidad histórica. Aparecen así los llamados aspectos tradicionales de la masculinidad y de la feminidad. Estos atributos son otorgados por “la sociedad” al sujeto y desde allí el sujeto se las exige a sí mismo y luego se los exige de vuelta a la misma sociedad, cerrando así un círculo de perpetuación. Estos atributos sociales o representaciones simbólicas se perpetúan en la cultura a través de las tradiciones, los mitos y los intereses del Estado. Pero una cosa muy importante los caracteriza: son atributos completamente arbitrarios.

Los atributos básicos culturales de la masculinidad

Lo básico o lo elemental de estos atributos sociales-culturales establece que una forma de ser hombre –y que ha dado sentido a los varones durante centurias– está en el hecho de “aceptar y ejercer las obligaciones propias del padre”. Ser padre implica tener “la autoridad del hogar” y ejercer “los derechos del *pater familia*”. Implica ser “el proveedor y el protector de la familia”. Tiene el derecho de hacer suyo el “espacio de la calle” ubicado fuera de su casa. Los atributos básicos de la mujer, consagrados por siglos –desde este punto de vista social-cultural–, están centrados en el ejercicio de la tarea materna, protegida y proveída por el hombre. La mujer acepta y ejerce la dedicación al hogar y a los hijos en el “espacio de su casa”. Crea y hace suyo un “importante espacio” en el ámbito del hogar.

Estos atributos históricos de género sexual establecieron una clara matriz arbitraria de “autoridad y producción de bienes” como atributos masculinos. Como atributos femeninos aparecen la “obediencia al poder del esposo” y la “responsabilidad en la reproducción, el cuidado y la supervivencia de los hijos”. Estos atributos se mantienen a través de las generaciones por procesos socio-culturales en los cuales comparten responsabilidades de perpetuación por igual: los hombres, las mujeres y las políticas del Estado.

Los estudios sociológicos sobre las formas de presentarse la masculinidad –llevados a cabo en los años recientes en la región latinoamericana (Flacso, 1999)– han revelado la existencia de una forma de ser hombre que nos muestra el referente y la matriz de lo que debe ser un varón.

Convicciones arbitrarias sobre la masculinidad: modelo tradicional

Antropólogos y sociólogos chilenos (1999) plantean, en la página web de Flacso, algunas creencias sobre la masculinidad en América Latina. Sus investigaciones de campo realizadas en toda América Latina nos muestran los siguientes datos firmes que constituyen estereotipos de masculinidad:

1. La masculinidad es la forma más valorada de la identidad de género.
2. El poder, la dominación y la competencia son esenciales como prueba de masculinidad.
3. La expresión de los sentimientos es algo femenino y debe ser evitada.
4. Un hombre que pide ayuda o trata de apoyarse en otros muestra signos de debilidad, vulnerabilidad e incompetencia, y por lo tanto éstos deben ser evitados.

5. El pensamiento racional y lógico del hombre es la forma superior de inteligencia para enfocar cualquier problema.
6. Las relaciones interpersonales que se basen en sentimientos, intuiciones y contacto físico son femeninas y deben ser evitadas.
7. El ejercicio de la sexualidad es el principal medio para probar la masculinidad.
8. La ternura es considerada algo femenino y debe ser evitada.
9. La intimidad con otros hombres debe ser evitada, porque: a) lo vuelve vulnerable y lo pone en desventaja en la competencia por las mujeres; y b) puede implicar afeminamiento.
10. El éxito en el trabajo y en la profesión son indicadores de masculinidad.

Como se puede ver, en estos hallazgos de la investigación esta serie de creencias míticas se convierte en una verdadera trampa que impide reflexionar acerca de las desventajas de sostener este modelo masculino tradicional. La fuerza de los mitos culturales hace que ni los hombres ni las mujeres cuestionen algunos de estos principios a lo largo de su vida.

Las desventajas de este modelo de masculinidad

Los peligros del género: el modelo masculino tradicional es peligroso para la salud. Las estadísticas muestran que la expectativa de vida es menor para los hombres. El género masculino encabeza los porcentajes de muertes por accidentes, trastornos cardiovasculares, cáncer y úlcera gastroduodenal. Estas cifras probablemente están asociadas a las características del desempeño de este modelo masculino tradicional:

a) La agresividad y la competitividad llevan a los varones a involucrarse en situaciones potencialmente peligrosas. La idea de que el hombre debe ser valiente y arriesgado, que no debe tener miedo frente al peligro, es la causa de un gran número de accidentes, muchos de ellos fatales o creadores de invalidez.

b) La inexpresividad emocional contribuye a generar trastornos psicosomáticos y otros problemas de salud. Es un hecho comprobado que la represión de determinadas emociones se encuentra asociada a cuadros psicosomáticos, especialmente en las áreas cardiovascular y gastrointestinal. La rigidez inexpresiva prescrita por el modelo masculino tradicional contribuye a incrementar el riesgo.

c) Asumir los roles tradicionales de sostén y jefe del hogar genera un grado de exigencia muchas veces difícil de cumplir, lo que deriva en grados variables de estrés y tensión, que constituyen uno de los principales factores de riesgo en una serie de enfermedades.

d) El rol masculino tradicional promueve determinadas conductas nocivas para la salud, especialmente alentadas por el grupo de pares, por ejemplo el beber y el fumar en exceso.

e) Las características del rol masculino tradicional hacen que a los hombres les resulte difícil solicitar ayuda médica y cuidar su salud. Muchas veces llegan a la consulta médica con cuadros avanzados e irreversibles producto de una pertinaz negativa a solicitar ayuda en los estadios anteriores de la enfermedad. Pareciera que el pedido de ayuda está asociado al hecho de mostrar debilidad frente a los otros.

f) La dificultad para pedir ayuda se incrementa cuando se trata de un tratamiento psicológico. La aversión y el miedo que tienen muchos hombres a realizar una consulta psicológica están casi siempre apoyados en la idea de que ellos deben ser capaces de resolver sus problemas por sí mismos. Además, los tratamientos psicológicos los colocan frente a la necesidad de hablar de sí mismos y de sus sentimientos, tarea para la cual se sienten imposibilitados.

Problemas del género sexual desde el psicoanálisis

Podemos decir que “lo masculino” o “lo femenino” son una categoría social arbitrariamente impuesta a un ser sexuado. Por lo tanto el “género sexual cultural” llamado “masculino” refiere a la adquisición por el sujeto de un conjunto de valores culturales adscritos arbitrariamente a cada uno de los sexos, en este caso el “masculino”. Este conjunto de valores, esta matriz masculina o femenina, va a incluir conductas, profesiones, gestos, actitudes, ideales y prejuicios que son considerados –por una sociedad dada, en una época histórica dada– como apropiados para determinado sexo. La matriz va a funcionar como “organizadores sociales” de la vida futura de ese sujeto. Estos valores son parte del yo y son adquiridos por medio del mecanismo de la introyección e identificación.

Desde el psicoanálisis sabemos que el yo se constituye en la temprana infancia gracias al mecanismo de identificación. El género sexual es parte del yo y se adquiere por identificación con los valores aportados por las

figuras significativas en la infancia, quienes a su vez son representantes de una cultura dada.

Así un varón, que se sabe varón, puede tener conductas y gestos masculinos o femeninos: proveniente de una identificación paterna o materna. Puede adquirir los valores y la conducta propia de su padre o de su madre. Tenemos así a un varón con rasgos masculinos o con rasgos femeninos. Una hembra, que se sabe hembra –por identificación con el padre–, puede mostrar conductas y gestos provenientes de la figura de su padre. O puede identificarse con su madre. Sus valores y conducta resultan en un comportamiento llamado “masculino” o “femenino” según haya sido su identificación. Lo común y esperado es que el varón muestre conducta y valores masculinos y la hembra muestre rasgos femeninos. Pero no necesariamente va a ser así. Todo depende de la dinámica familiar de cada sujeto y de la dialéctica de sus identificaciones.

Otros aspectos del género visto desde el psicoanálisis

Desde el psicoanálisis podemos cuestionar dos cosas: una es interrogar sobre la necesidad de diferenciar ambos sexos, pues, al dejar de exigir la diferencia, introducimos la propuesta del “andrógino”; la otra es preguntar por la esencia de lo verdaderamente “masculino” y “femenino”. Esta pregunta por la “esencia” va más allá de los valores culturales arbitrarios asignados por nuestra sociedad a lo masculino y lo femenino. Voy a responder a ambos aspectos. Comencemos por cuestionar la necesidad de diferenciar los sexos.

La teoría del andrógino

Hoy en día aproximarse al concepto de género sexual –y en particular al de masculinidad– nos lleva a una experiencia imprecisa y confusa. La pregunta sobre qué define a un hombre es hoy en día cada vez más difícil de responder. Algunos antropólogos proponen que debe cerrarse el enfoque que establece la dicotomía del género sexual: dejar de considerar lo masculino y lo femenino como un par de opuestos. En particular Thomas Gramstad propone que todo sujeto sea considerado básicamente un andrógino, es decir, “un sujeto que tiene los dos sexos”. En este andrógino existiría una combinatoria individual de lo masculino y lo femenino. Así cada sujeto sería único en relación con su género. No habría dos andróginos iguales con igual combinatoria.

Esta propuesta no es descabellada. Los psicoanalistas sabemos que la identidad sexual y el género sexual en sus dos aspectos, cultural e inconsciente, son adquiridos en la temprana infancia. El psicoanálisis afirma que tanto el hombre como la mujer pueden tener ambos atributos masculinos y femeninos, independientemente de su sexo biológico. Así un hombre puede ser muy femenino con algo de masculino, y una mujer puede ser muy masculina con algo de femenino. Por lo tanto la idea de una combinatoria no es nueva para nosotros los psicoanalistas.

La dificultad aparece al preguntar cuáles son esas características o rasgos de género que nos van a permitir precisar la cualidad de lo específicamente masculino o femenino. Por lo tanto es necesario tener alguna teoría o proposición desde el psicoanálisis en relación con qué es lo verdaderamente “masculino” y qué lo “femenino”, ya que estas características estarán en la combinatoria. Como han leído en este trabajo, propongo diferenciar los dos aspectos fundamentales del género sexual. Me refiero a los aspectos de género que provienen de “la cultura”, que son arbitrarios, y los aspectos que provienen de lo particular, de cada sujeto, es decir, de su “inconsciente freudiano”. Estos rasgos del género sexual –lo “íntimo del ser” que no es cultural– los presentaré en una forma muy abreviada al final del trabajo.

La influencia de los genes (lo biológico)

Existe un tercer aspecto que influye en la adquisición del género sexual. Me refiero a los aspectos de género sexual derivados de “los genes”. Los genes influyen en el desarrollo intrauterino de ambos sexos, provocando ciertas diferencias en el desarrollo biológico temprano de los varones y las hembras. Por lo pronto me veo forzado a excluir este elemento genético de mis consideraciones teóricas, debido a que mi experticia no cae en ese campo. Sin embargo, es un tercer aspecto del género que es necesario tomar en cuenta, y estudiar en su momento oportuno.

La organización sexual humana

Es necesario comenzar por diferenciar claramente los cinco elementos básicos de la organización sexual humana. Según mi visión psicoanalítica del asunto, encuentro necesario distinguir lo siguiente:

1. *Lo real sexual*: el cuerpo (lo biológico). Refiere a los órganos sexuales internos y externos, organizados por la influencia de los genes.
2. *La identidad sexual (o sexo de asignación)*: varón o hembra, dejando un espacio para los estados intersexuales. Refiere al sexo asignado por los padres; este sexo asignado es un significante que atraviesa al sujeto, es una identidad precoz, aprendida y se hace irreversible después de los tres o cuatro años.
3. *El género sexual cultural (que es arbitrario)*. Refiere a los atributos masculinos y femeninos asignados por la cultura en un momento dado.
4. *La escogencia del objeto del deseo sexual*. Refiere al objeto del deseo sexual: heterosexual, homosexual o bisexual. Es el objeto que va a provocar el deseo sexual del sujeto y lo va a llevar al orgasmo.
5. *La esencia inconsciente del género sexual*. Refiere a la estructura de género sexual inconsciente. Refiere a la verdadera esencia de la masculinidad y feminidad.

La esencia de la masculinidad inconsciente

Refiere a la estructura psíquica inconsciente que caracteriza a la masculinidad o feminidad del sujeto. La estructura sexual de masculinidad o feminidad —esencia del género— no viene dada por las identificaciones del yo, como ocurre con el “género sexual cultural”. La estructura o la “esencia del género” también es algo adquirido e igualmente marcado a fuego en el sistema inconsciente del sujeto, pero es producto del conflicto psíquico, de la angustia y de otra serie de mecanismos y experiencias tempranas del niño. Participan en esto: la dialéctica del deseo, el choque de la diferencia anatómica de los sexos y sus consecuencias, el complejo de castración en ambos sexos, y la lógica del falo que ambos sexos presentan, especialmente esta última en su aspecto de función fálica.

Presentaré la propuesta de cuatro registros, que podrían ayudar a comprender el misterio de lo que constituye la esencia, la “estructura inconsciente sexual” de ambos sexos, “la esencia del género”. Estos registros que refieren a la masculinidad y feminidad son: a) SADISMO Y MASOQUISMO; b) PERVERSIÓN Y EROTOMANÍA; c) INGENUIDAD E INTRIGA; y d) VIOLENCIA ASESINA Y MALDAD OCULTA.

Es importante aclarar que un hombre al igual que una mujer pueden organizarse, indistintamente, con una “esencia inconsciente” de tipo masculino o femenino. Así un hombre puede tener un “una esencia inconsciente” feme-

nina y una mujer “una esencia inconsciente” de tipo masculina, sin referirse para nada a lo que tendría que ver con la homosexualidad o bisexualidad, ya que este último asunto tiene que ver con “la escogencia del objeto”.

Primer registro: sadismo y masoquismo

El hombre (o la mujer) con un carácter masculino –quiero decir con una “estructura inconsciente masculina” identificada con el significante fálico que lo nomina como varón y sabiéndose portador del órgano de significación– va a tener una posición relativa con el otro distinta a la de la mujer (me refiero a aquellas que portan un carácter femenino).

Sadismo y masculinidad

Su empuje pulsional se organiza más por el lado sádico. Es claramente activo y penetrador, encuentra satisfacción al completar en ficción el falo, que cree le falta al otro, “posición estructural masculina sadista”. Por esta lógica, el hombre y la mujer –ambos de carácter masculino– no pueden evitar ser sadistas. En las investigaciones sociológicas relativas a la pregunta por el mundo masculino, encontramos evidencias que apoyan esta propuesta. Elliot Gorn (1985) dice que en el mundo masculino (al sur de Estados Unidos) predomina el pasatiempo de peleas entre dos adversarios. Gorn se pregunta: ¿por qué pelean los hombres?, ¿qué reglas siguen?, ¿qué está en juego? En su investigación encuentra una sociedad rural en que “la ferocidad” reemplaza la “respetabilidad del padre” de familia. La violencia, la mutilación, el reto al otro, constituyen las relaciones, las jerarquías y las identidades de una sociedad de hombres.

Masoquismo y lógica del no-todo

Sabemos que la mujer –por efecto de la ausencia del órgano sexual visible– se va a organizar según la lógica del no-todo. Esta posición de ausencia fálica la empuja a desear que el otro –portador del falo– la complete. Queda así marcada a fuego en su sistema inconsciente con el deseo de despertar el deseo del otro (posición estructural femenina). La teoría psicoanalítica de la pasividad se refiere a la idea de un sujeto que no inicia la acción y espera que el otro tome la iniciativa. Esta espera es una manera de comprobar que el deseo del otro ha sido finalmente despertado. Por esta vía se revela lo verdadero e inédito del deseo del otro. Su posición de aparente espera pasiva es interiormente activa y desesperada, aunque invisible –como sus

órganos sexuales. Por esta razón, en el vínculo con el objeto de deseo, la pulsión no encuentra fácilmente su camino de satisfacción, ya que tiene que esperar por la acción del otro. Por lo pronto, la pulsión vuelve sobre el sujeto, dando lugar al modelo estructural inconsciente masoquista. Por esta lógica, la mujer y el hombre –de carácter femenino– no pueden evitar ser masoquistas.

Agresividad inhibida

Helene Deutch, en 1930, dijo lo siguiente: “... el medio ambiente ejerce sobre la mujer una influencia inhibidora para sus agresiones y su actividad. Las fuerzas del mundo interno y externo actúan en la misma dirección. Especialmente los componentes agresivos son los inhibidos: el medio social no sólo los rechaza, sino también ofrece al yo de la mujer una especie de premio o soborno por renunciar a ellos. Así llegamos a un desarrollo que rápidamente tiene lugar en la mujer: la actividad se hace pasividad y se renuncia a la agresión para ser amada. En esta renuncia las fuerzas agresivas que no son activamente gastadas deben encontrar una salida y así lo hacen, dotando al estado pasivo de ser amada con un carácter masoquista”.

Segundo registro: perversión y erotomanía

El hombre o la mujer portadores de un “carácter masculino” –sea éste heterosexual u homosexual–, ante el horror del descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos y su correspondiente angustia de castración, pueden recurrir al mecanismo de la desmentida de la castración. Este mecanismo les permite afirmar que la mujer (madre) tiene pene. Ha visto con horror su ausencia, sin embargo afirma su existencia. La desmentida borra la diferencia anatómica de los sexos e inaugura el inicio de la estructura perversa.

La perversión

Por lo tanto, sólo los hombres o mujeres que tendrán un carácter masculino –sean éstos heterosexuales u homosexuales– pueden desarrollar o construir una actividad sexual perversa (como acto). La huella del trauma –de descubrir la diferencia anatómica de los sexos, con su correspondiente angustia de castración– estará presente en la constitución de la psique de los hombres y mujeres de carácter masculino. Me refiero a sujetos neuróticos –no perversos– con carácter masculino, que desarrollan una capacidad sexual que incluye normalmente fantasías sexuales perversas.

La erotomanía

El modelo sexual de la mujer que porta un “carácter femenino” va por otro camino. La mujer y el hombre portadores ambos de un “carácter femenino” aceptan la diferencia anatómica de los sexos y entran en la lógica del no-todo y de sus efectos. Un primer efecto lo encontramos en el manejo de la angustia ante la diferencia anatómica de los sexos, cuando acepta su condición anatómica no-fálica: se reconoce en la lógica del no-todo, sabe que no porta el órgano de significación fálica y sólo tardíamente descubre la presencia invisible de su propio órgano sexual interno. Otorga al otro la posesión del falo que desea; va a desear ser completada por el otro. Por lo tanto, es en el lugar del otro donde va a surgir el amor y el deseo, y no en el lugar del sujeto. Este es un modelo sexual tipo erotómano, ya que es en el lugar del otro donde surge el amor y el deseo. Así, según esta lógica, las mujeres y hombres –de carácter femenino– no pueden desarrollar un modelo sexual perverso, pero igualmente no pueden evitar ser erotómanas o erotómanos.

Tercer registro: ingenuidad e intriga

El hombre portador del órgano de significación –y por lo tanto de la angustia de castración– insiste en mostrar en metáfora no sólo sus emblemas fálicos, sino también su suficiencia.

La ingenuidad

En los hombres y mujeres de carácter masculino, la lucha abierta de poder, de puro prestigio y de portador del emblema fálico, puede consumir su pulsión. Lejos de tener habilidades para la intriga y lo oculto, muestran su inocencia estructural, al creer en lo que sus ojos ven y en lo que sus oídos oyen. Así el hombre y la mujer –de carácter masculino– no pueden evitar su ingenuidad.

La intriga y el misterio

La mujer –de carácter femenino– acepta que tiene una diferencia anatómica radical con los varones. Acepta su condición diferente y entra en la lógica del no-todo. Sin embargo, en esta diferencia existe un gran misterio. ¿Por qué es diferente a los otros seres?, o ¿por qué los otros seres son diferentes a ella? La mujer y el hombre –de carácter femenino– se van a relacionar con el otro con una capacidad natural de intriga, ya que el misterio de ser

no-toda nunca queda completamente aclarado. En su estructura inconsciente busca el falo en el campo del otro. Al otro le es otorgado por este sujeto un falo imaginario, y pasa a ser reconocido por la mujer —de carácter femenino— como un hombre (portador del falo deseado). El deseo de la mujer de recibir del otro esa completud fálica le otorga al otro el lugar del amo. Si el otro es el amo y ella desea que él la desee, entonces no puede evitar ser fácilmente sugestionable. Para lograr seducirlo recurrirá a métodos y recursos secretos e invisibles. A veces poderes quirománticos. La mujer y el hombre (de carácter femenino) heterosexual u homosexual, siempre usará recursos y métodos secretos en la búsqueda y en la conquista de los emblemas del Falo (fama, dinero, amor, sexo). La mujer y el hombre (de carácter femenino) no pueden evitar el disponer de esa capacidad natural, para leer intenciones secretas, en los actos de los otros, y buscar sus fines a través de estrategias secretas y misteriosas.

Cuarto registro: violencia asesina y maldad oculta

En este registro es frecuente encontrar reportes periodísticos ocasionales en donde se muestran asesinatos extraños realizados por mujeres en forma demasiado violenta para el patrón femenino. Así encontramos asesinatos de esposos por sus esposas con múltiples puñaladas y mutilaciones. Ese tipo de asesinato corresponde más al patrón masculino. Se trata de una mujer con un aspecto masculino inconsciente.

En el hombre (masculino): violencia asesina

El hombre —portador de un carácter masculino, por lógica fálica, portador del órgano de significación— expresará sus deseos asesinos de manera directa. Esto es, ejerciendo su poderío muscular fálico, en forma directa asesina. Son crímenes visibles y aparatosos. La destructividad en el hombre y la mujer de carácter masculino —sean éstos heterosexuales u homosexuales— encuentra su expresión en la capacidad muscular sádica, que le permite matar en forma directa. Hachazos, puñaladas, mutilaciones, desmembramiento, tiros.

En la mujer (femenina): la maldad oculta

La mujer al saberse no-toda desarrolla un resentimiento que conduce a la específica capacidad de maldad oculta que tienen las mujeres de carácter femenino. Sus deseos asesinos encontrarán una vía de expresión a través de métodos ocultos y secretos. La salida del carácter femenino —en un hombre

o una mujer— es indirecta, utilizando los recursos de planes, estrategias y cómplices. Crímenes no visibles. La mujer y el hombre —de carácter femenino— buscan el desquite y la venganza, testimonio inconsciente del resentimiento infantil, por haber nacido mujeres y no hombres.

Nota cibernética

Primera Jornada Cubana de Estudio de las Masculinidades

Por Sandra Álvarez y Jazmín Portales Machado

Ciudad de la Habana, 3 de julio de 2006. Organizado por el Centro Nacional de Educación Sexual (CENESEX), bajo la inspiración y tutoría científica de Julio Cesar Pagés.

En la intervención inaugural la directora del CENESEX, Mariela Castro Espín, dijo lo siguiente: “Se trata de desarticular todos esos estereotipos tan crueles que ubican toda la responsabilidad masculina en un pene erecto, al igual que la femenina en la capacidad de un vientre reproductor. En los últimos 47 años de revolución en Cuba se ha reelaborado el concepto de lo que significa ser mujer, no así el de ser hombre. El problema de la masculinidad ha sido silenciado por diversas causas y persisten malestares, contradicciones, discursos por elaborar, nudos que desatar y no sólo a nivel académico, sino a nivel social, lo más posible el problema. Para que se pueda avanzar en el bienestar de la mujer, hay que avanzar en el bienestar del hombre”.

De este modo las sesiones reunieron diversas investigaciones alrededor de diferentes aspectos de la masculinidad llamada “hegemónica”, tales como la paternidad, la percepción de la infertilidad en la pareja, la relación con la salud mental de la pareja, así como el abordaje más específico de otras masculinidades como pueden ser las relativas a la ruralidad, la homosexualidad y la religiosidad, por sólo citar algunas.

Referencias bibliográficas

- CARRIL BERRO, E. (2000). "Femenino/Masculino. Foro temático: Estudios feministas y de género". www.psicomundo.com (internet).
- DEUTCH, H. (1930). "El significado del masoquismo en la vida mental de las mujeres". *IJPA*. Londres, 1930.
- ENCARTA (2003). Enciclopedia multimedia. Microsoft Corporation.
- FREUD, S. (1921). "Sobre la sexualidad femenina". *Obras completas*, t. 21. Buenos Aires: A.E. [1979].
- _____ (1924). "La disolución del complejo de Edipo". *Obras completas*, t. 19. Buenos Aires: A.E. [1979].
- _____ (1925). "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos". *Obras completas*, t. 19. Buenos Aires: Amorrortu [1979].
- _____ (1932). "La feminidad". *Obras completas*, vol. 22. Buenos Aires: Amorrortu [1979].
- GRAMSTAD, T. (2003). thomas@ifi.uio.no; página libre de internet.
- GORN, E. (1985). "Social Significance of Fighting in the Southern Back Country". *American Historical Review*, 90:1. En A. Perotin-Dumon, obra citada.
- KLEIN, M. (1932). *El Edipo de la niña. Psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: Paidós [1944].
- _____ (1945). "El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas". En *Contribuciones al psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós [1964].
- LACAN, J. (1960). *Ideas directivas para un congreso sobre sexualidad femenina*. "Escritos", t. 1. México: Siglo XXI Editores [1971].
- _____ (1972). *El amor y el significante*. Seminario 20 titulado "Aún", t. 20. Buenos Aires: Paidós [1981].
- LANDER, R. (2005). "Lógica del falo". En *Experiencia subjetiva y lógica del Otro*, cap. 27. Caracas: Editorial Psicoanalítica.
- _____ (2003). "Lógica de la ambigüedad sexual". En *Experiencia subjetiva y lógica del Otro*, cap. 26. Caracas: Editorial Psicoanalítica.
- PEROTIN-DUMON, A. (1985). *El género en la historia*, libro virtual. www.sas.ac.uk/ilas